

PERIODISMO OBJETIVO O SUBJETIVO, UNA FALSA DICOTOMÍA

CARLOS ERNESTO ESPECHE

FACULTAD DE CIENCIAS POLÍTICAS Y SOCIALES - UNCUYO

FACULTAD DE PERIODISMO Y COMUNICACIÓN SOCIAL - UNLP

ernestoespeche@yahoo.com

UN PUNTO DE PARTIDA

Periodismo militante, periodismo independiente, periodismo profesional, periodismo de barricada, periodismo aséptico, periodismo partidista, periodismo oficial, periodismo opositor... Periodismo. Los debates sobre el estatuto de la verdad en el periodismo tienen –se vean o no- profundas implicancias filosóficas.

Existen, claro está, múltiples abordajes posibles. Proponemos, por lo tanto, un recorte arbitrario que nos permita organizar las próximas líneas: las tensiones y debates entre objetividad y subjetividad.

Para empezar intentaremos problematizar una definición “arrojada” por Jorge Ricardo Masetti en el verano de 1960. Decimos que fue “arrojada” -y no sólo pronunciada o enunciada- por la dimensión estratégico-política que la motivó. “Somos objetivos, pero no imparciales”, dijo entonces el periodista argentino que, pocos días atrás, había participado de la fundación de la agencia de noticias *Prensa Latina* en el marco de la naciente revolución cubana.

En pocas palabras, Masetti evidenció el carácter estéril del vasto debate inscripto hasta hoy en torno a la objetividad periodística. Motivó, asimismo, un conjunto de reflexiones filosóficas que, casi cinco décadas después, apuntalaron el surgimiento y desarrollo del modelo de Intencionalidad Editorial.

El modelo de Intencionalidad Editorial adoptó en su génesis el desafío de analizar el alcance de la relación objetividad-parcialidad en el terreno de la praxis informativa. Para ello fue preciso preguntarnos: ¿De qué objetividad habla Masetti? ¿Existe alguna contradicción implícita entre la objetividad y la no imparcialidad? Si seguimos la lógica asumida por el impulsor de *Prensa Latina*, se hace necesario desvincular los conceptos de objetividad y de imparcialidad. Se trata, entonces, de pensar en una dimensión de objetividad propia al hacer periodístico que permita su coexistencia, de modo coherente, con la idea de parcialidad. Al mismo tiempo, esta parcialidad no debe remitir en su definición al campo semántico de la subjetividad, ya que esta última tiene en su esencia una relación auto-excluyente con la objetividad.

Como vemos, la premisa que aparece en el origen de *Prensa Latina* es altamente provocativa y fuertemente dialéctica. Pone en crisis la identidad semántica entre objetividad e imparcialidad, asimilación conceptual que fuera sostenida sistemáticamente tanto por los impulsores como por los detractores del pensamiento dominante desde el surgimiento de la llamada prensa moderna.

Pero ¿desde dónde podemos pensar este problema? Las palabras “arrojadas” por Masetti no encontraron eco en la academia. Hay tres razones que explican esta actitud: se trata de una reflexión elaborada por un periodista, al margen del campo científico; es una frase cargada de connotaciones políticas (la ciencia y la ideología están ubicadas en polos opuestos según parte de la comunidad de expertos); y fue pensada desde Latinoamérica, lejos de los centros hegemónicos de producción de conocimiento.

Una de las más visibles consecuencias de esta -aparentemente irreconciliable- separación entre oficio y academia es la ausencia de marcos de análisis que permitan pensar integralmente al periodismo como un proceso dinámico y complejo, y no sólo como una técnica, un discurso o una actividad económica. Producto de estas limitaciones, tanto en las oficinas de producción periodística de los medios de comunicación como en las aulas de las universidades donde se enseña periodismo, hay un debate aún no saldado: la contradicción antagónica objetividad-subjetividad estuvo presente desde siempre en el centro de la polémica sobre la actividad periodística.

¿En qué lugar de esa infructuosa contradicción ubicamos, entonces, la definición dada por Masetti? Por lógica, esta definición no se ajusta a ninguno de los polos antagónicos mencionados. Devela, de este modo, las dificultades explicativas encerradas en el binomio objetividad-subjetividad y pone en evidencia las limitaciones de una contradicción que, por falsa e insuficiente, promueve un debate estéril.

El enunciado “Somos objetivos, pero no imparciales” no puede ser pensado, como dijimos, dentro de los límites propuestos por el debate actual. Requiere, en cambio, de un análisis dialéctico que asuma a la praxis como un movimiento de unidad constitutiva entre objeto y sujeto, entre teoría y práctica. El sujeto informa, y en este mismo acto interpreta y transforma desde su visión del mundo la realidad social y concreta que es objeto de la información; y es esa misma realidad y la relación entre los sujetos la que condiciona aquella visión del mundo.

Desde esta perspectiva, el acto de informar sobre los hechos que se producen en la realidad o pensar teóricamente este acto, constituyen una tarea filosófica, como lo es toda actividad que se desarrolle en el escenario de la disputa ideológica por establecer normas de aceptación colectivas. Entiende Antonio Gramsci que “si aceptamos la idea de una concepción del mundo que llega a ser norma de vida, actuada en la vida práctica, se puede decir que la mayor parte de los hombres son filósofos, en cuanto que actúan prácticamente, y su actuar práctico (las líneas directrices de su conducta) contiene implícitamente una concepción del mundo, una filosofía” (2004: 422).

Por lo tanto, continúa el autor italiano, hay que diferenciar la historia de las filosofías de los filósofos -que es una versión restringida al estudio de las iniciativas de una determinada clase de personas para cambiar o corregir las condiciones del mundo existentes en cada época- de la otra parte de la historia de la filosofía, entendida en sentido amplio, aquella que incluye las concepciones de mundo de las grandes masas, de los grupos dirigentes más restringidos (los intelectuales) y de los vínculos entre estos complejos culturales y la filosofía de los filósofos. A partir de esa combinación podremos determinar la filosofía de una época, es decir las normas de aceptación colectiva validadas socialmente. Esta filosofía será, al mismo tiempo, el conjunto contradictorio de valores desde donde los periodistas interpretan la realidad, y el espacio donde se libran las disputas ideológicas por establecer el carácter de su constitución. La interpretación y la transformación aparecen así como una unidad indivisible.

Nos ubicamos, entonces, en un punto de partida que no concibe una separación tajante entre objeto y sujeto, o entre teoría y práctica. Intentaremos, desde allí, justificar que el debate entre objetivistas y subjetivistas en torno a la esencia de la actividad periodística es esencialmente falso. Para ello veremos la presencia de este debate en el campo de la reflexión sobre el periodismo, en el amplio mundo de las ciencias sociales y en la particular visión propuesta desde el marxismo.

LAS DIFERENTES TRADICIONES Y SUS LIMITACIONES

Para sistematizar las llamadas teorías del periodismo, proponemos la clasificación elaborada por Miceli, Albertini y Giusti (1999): la ortodoxia tradicional, el nuevo periodismo y la pragmática crítica.

La ortodoxia tradicional del modelo anglosajón fue hegemónica durante más de un siglo en centros de estudio y formación, y hasta hoy tiene peso en las redacciones periodísticas. Es la marca de inicio de la prensa moderna, constituida en la segunda mitad del siglo XIX a partir de la irrupción de las agencias internacionales de noticias, la profesionalización del periodismo y las transformaciones económicas emanadas de los avances técnicos que permitieron una gran expansión del universo de lectores.

Atrás habían quedado las experiencias narrativas asociadas explícitamente a la lucha política y al conflicto ideológico, escenario desde el cual se concebía al periodismo surgido de las revoluciones burguesas y los procesos independentistas en Latinoamérica. Se plantea, en cambio, que la labor informativa debería basarse en los hechos de la realidad y mantenerse equidistante de los conflictos sociales. Prioriza, de este modo, determinados factores de noticiabilidad, como actualidad, proximidad, prominencia y curiosidad. La noticia fue equiparada desde entonces al hecho, y fue separada de la opinión en tanto géneros diferenciados.

El nuevo periodismo cuestionó desde los años sesenta del siglo XX la supuesta neutralidad enarbolada por la prensa tradicional. Sus exponentes señalaron la necesidad de utilizar técnicas de ficción para contar el acontecer diario y postularon fórmulas de la literatura para reconstruir los datos de la realidad. Se sobrevaloran las emociones, sensaciones, pareceres e interpretaciones de los cronistas. Proponen una doble ruptura respecto de la prensa tradicional: acerca de la relación del reportero con los receptores y los

acontecimientos reflejando nuevas actitudes y valores, y acerca de la forma y el estilo de la historia noticiosa que se ve transformada por mecanismos novelísticos. Nuevo periodismo o literatura de la realidad o novela de no ficción engloban el mismo paradigma. Por las particularidades descriptas –ligadas a las estructuras narrativas o las fronteras entre géneros- este enfoque asume la contradicción objetividad-subjetividad desde un claro predominio de la idea subjetivista que entiende a las noticias a partir de las sensaciones y sentimientos que los hechos generan.

Los trabajos inscriptos en la pragmática crítica, desarrollados desde la década del noventa del siglo pasado, indican puntos válidos de las negociaciones entre los actores intervinientes en el proceso de selección y jerarquización de los materiales publicados. A pesar de los cambios y contradicciones, la labor periodística se sigue vertebrando en tres ejes básicos: el acontecimiento, la actualidad y el periodo. Aportan una serie de observaciones: primero, que la información y la opinión son medios para alcanzar fines económicos; segundo, que el espacio redaccional, diferenciado del publicitario, se decide mediante tres operaciones: inclusión de información, exclusión de información y jerarquización de la información. La selección responde a tres tipos de razones que son la demanda de información del público, el interés de un medio de dar a conocer determinados hechos; y el propósito de distintos sectores de la sociedad de informar determinados hechos que sirven a sus intereses.

La ortodoxia tradicional, el nuevo periodismo y la pragmática crítica reproducen el no reconocimiento de la dialéctica de la praxis informativa. La primacía que atribuyen al objeto, en el primer caso, y al sujeto, en el segundo y el tercero, ubica a estas producciones al interior un debate infructuoso y funcional a la reproducción de las tradiciones hegemónicas.

Dice Ego Ducrot, luego de repasar un compendio de definiciones, que es evidente la “carencia de reflexión epistemológica que caracterizan al debate sobre el proceso periodístico en general. Esas confusiones y esas carencias indican por qué el periodismo aun no encontró su propio método para analizar su propio hacer, quedando esclavo de los aportes provenientes de otro ámbito del conocimiento” (2009: 21).

La definición de objetividad que por lo general se propone en el primer agrupamiento remite al concepto de realidad, "sin aditamentos de opiniones personales", ligado a la idea de imparcialidad y de validez como valor de las noticias y fuente de credibilidad. La interpretación parcial de los hechos es presentada como la realidad misma. Tal como

aparece en el imaginario idealista, la realidad puede ser “captada” por los sujetos de modo transparente. Como se verá más adelante, esta pretensión es insostenible. Sin embargo, lejos de aquel apogeo positivista, estas ideas dominan hoy las redacciones de la gran prensa y alientan de modo deliberado e intencionado la posibilidad irrealizable de un “periodismo independiente”.

El segundo y tercer agrupamiento sostienen la imposibilidad de la objetividad, concepto que queda reducido, al igual que en la tradición ortodoxa, a la neutralidad o la imparcialidad. Por lo tanto no tienen otra salida que dejar el dilema librado al ámbito de la ética, campo de la especulación que se circunscribe al terreno de la moral, de la buena fe subjetiva.

Entramos aquí en un problema. ¿Puede hablarse de periodismo subjetivo? Entendemos a la subjetividad como “la representación de aquellos que el yo percibe como opuesto a lo que se supone que en la realidad existe”. Este pensamiento, heredero de la filosofía idealista, del imperio de la conciencia constitutiva “implica una división entre objeto y sujeto, entre pensamiento y realidad o entre el yo y el otro”. Hay un “individualismo implícito” en estas posiciones (O’Sullivan y otros, 1995: 347). No es casual que el paradigma subjetivista haya prevalecido en las ciencias sociales en el apogeo del individualismo posmoderno. Sobre esto nos detendremos luego.

Entonces, el relato periodístico no puede estar sujeto al arbitrio de la conciencia individual; se trata, más bien, de interpretar los hechos o acontecimientos que intervienen en la configuración compleja de la realidad resultante de las relaciones sociales. Son estas relaciones las que, a su vez, moldean los valores que son aceptados socialmente, es decir, la ideología desde la cual se aborda la tarea informativa.

La subjetividad adquiere una nueva acepción cuando es pensada desde la teoría política o los estudios semióticos y culturales, enfoques, éstos, que la asumen como un proceso colectivo de producción de sentidos. Desde nuestras premisas teóricas, esta nueva acepción no se ajusta al concepto de subjetividad –reducida al espacio individual de las ideologías arbitrarias- sino a la idea de parcialidad informativa o toma de posición del periodista frente a la tarea de interpretar los conflictos que subyacen en las informaciones que produce.

Pero: ¿cómo dar cuenta del complejo mundo que emerge de las relaciones sociales y que constituye lo que se conoce como realidad? Para acercarse a pequeños fragmentos de esa realidad, para interpretar los hechos, el periodista necesita de fuentes, que además deben ser diversas y constatables, directas e indirectas, documentales o testimoniales. Sin fuentes no hay periodismo. Esta especificidad técnica le otorga al relato periodístico un carácter distintivo respecto de otros relatos y, al mismo tiempo, limita la libre interpretación individual subjetiva.

La crítica de la imparcialidad objetivista, entonces, fue tributaria de una concepción individual-subjetivista que diluye la especificidad del relato periodístico. Los estudios críticos confunden subjetividad arbitraria con parcialidad o interpretación ideológica de los hechos. En otros términos, es indudable que los diferentes enfoques críticos a la ortodoxia tradicional hicieron un gran aporte en la tarea de derrumbar el mito de la imparcialidad; pero, por lo dicho, esos esfuerzos no alcanzaron a resolver la contradicción desde una síntesis superadora de la mera arbitrariedad especulativa.

Incluso es posible reconocer estas tendencias en producciones definidas claramente desde el terreno contrahegemónico. Natalia Vinelli y Carlos Rodríguez Esperón afirmaron en *Contrainformación. Medios alternativos para la acción política* que: “Cuando hablamos de contrainformación, en cambio, ponemos el acento en el carácter explícito del compromiso político, aquel que no se escuda tras la fachada de una mentirosa objetividad que, para los medios de la burguesía, es condición necesaria de la verdad (...) La prensa oficial se articula sobre tres ejes: independencia, objetividad, verdad; las prácticas contrainformativas, al asumir un carácter instrumental, desmontan esa falacia convirtiéndola en dependencia, subjetividad, verdad” (2004: 18). Para los autores, entonces, la objetividad es una falacia y la imparcialidad, asociada a la independencia, es imposible de lograr; en cambio la subjetividad y la dependencia serían las condiciones de la verdad.

En esa línea, Ricardo Horvath afirmó en *Revolución y periodismo* que “se reclama del periodismo que sea objetivo, se dice que debe ser imparcial. Objetivo, según el diccionario, es desinteresado. Imparcial es el que actúa sin prevención a favor de unos u otros. Objetivo e imparcial puede ser un juez que debe regir sus fallos a partir de una legislación dada (...) resulta demasiado pretencioso exigir objetividad e imparcialidad al periodismo, en tanto y en cuanto se trata de una labor en la cual está en juego la idea, el pensamiento” (2003: 16-17).

Resulta problemático ubicar este complejo debate filosófico a partir de definiciones generales aportadas por un diccionario de la lengua española: objetividad e imparcialidad adquieren, en esta tarea, la estatura de categoría o –al menos- constructor teórico. Para el autor, objetividad e imparcialidad, en tanto mito de la prensa hegemónica, son inseparables. Pese a esto, pocas líneas más adelante reconoce las afirmaciones del fundador de *Prensa Latina*, Jorge Ricardo Masetti: “somos objetivos pero no imparciales”. Horvath no detecta -o lo hace pero no se detiene a analizarlo porque contradice sus conclusiones anteriores- el carácter altamente revolucionario de esas afirmaciones. Para el modelo de Intencionalidad Editorial serán, en cambio, la piedra angular de una reflexión filosófica que conducirá a la separación semántica de la objetividad de la imparcialidad. Sobre este punto nos detendremos más adelante.

Como vemos, las producciones mencionadas no pueden apartarse de una definición de objetividad restringida a la idea de imparcialidad o neutralidad. Desde ese reconocimiento, se han tomado diferentes posiciones que avalan o cuestionan el mito fundante de la prensa moderna, pero en ningún caso se apartan de los límites fijados por su cosmovisión. Veamos, entonces, cómo nace este mito.

LAS CIENCIAS SOCIALES Y LA RELACIÓN OBJETO-SUJETO

Arriesgamos una hipótesis: el debate entre objetividad y subjetividad en el periodismo y la comunicación social se inscribió en el devenir de las ciencias sociales. Mientras el positivismo marcaba el espíritu científico de una época se construía los valores de la prensa objetiva y neutral; paralelamente a los enfoques críticos de la razón moderna (años sesenta y setenta) se desplegaba el nuevo periodismo; y junto al paradigma posmoderno del fin de la historia se negaba toda pretensión de verdad desde quienes sostuvieron que el periodismo es subjetivo.

Las ciencias sociales debieron resolver desde su nacimiento el estatuto científico que las justificaba como tales. En pleno auge del paradigma positivista –finales del siglo XIX- el requisito de la objetividad parecía ineludible en la tarea de dotar a las nacientes disciplinas de cierta validez científica. Fue entonces que sus impulsores recurrieron a una serie de acuerdos semánticos sobre el alcance del concepto de objetividad.

Elisa Dávalos (2005) recuerda que "en el corazón del proyecto moderno –construido en negación al período medieval– se encuentra el rescate de la racionalidad y el conocimiento de la realidad de manera objetiva a través de un método científico, con comprobación experimental o validación empírica, aplicable tanto a las ciencias naturales como a las sociales”.

Augusto Comte, uno de los fundadores de la Sociología –y del espíritu positivista–, sostuvo que la tarea consistía en superar el pensamiento metafísico o abstracto –del mismo modo en que este derribó al pensamiento teológico o ficticio– para “representar exactamente los objetos exteriores, pero sin que pueda ser apreciada plenamente la constitución de cada uno de ellos, debiendo limitarse la perfección científica a aproximarse a ese límite ideal” (1982: 57).

A medida que el positivismo hacía su recorrido, comenzaba a desarrollarse una crítica surgida al interior del pensamiento racional. Fue el filósofo francés Gastón Bachelard quien en la década del 30 comienza a poner en duda las verdades del positivismo: “la observación básica es siempre un primer obstáculo epistemológico” (...) “El espíritu científico debe formarse en contra de la naturaleza” (1972: 27). Lo que Bachelard venía a plantear era una ruptura con el pensamiento dominante de su época. En esa línea, el estadounidense Thomas Kuhn lo recupera años más tarde: “la interpretación empieza donde la percepción termina. Los dos procesos no son uno mismo, y lo que la percepción deja para que la interpretación lo complete depende radicalmente de la naturaleza y de la cantidad de la anterior experiencia y preparación” (1971: 302).

Quien también recupera a Bachelard es Pierre Bourdieu: “Bachelard sostenía que el vector epistemológico va de lo racional a lo real y no a la inversa. La teoría domina al trabajo experimental desde la misma concepción de partida. Sin teoría no es posible ajustar ningún instrumento ni interpretar una sola lectura”. Y agrega que “en sociología, los datos, aun los más objetivos, se obtienen por la aplicación de estadísticas que implican supuestos teóricos y por lo mismo dejan escapar información que hubiera podido captar otra construcción de los hechos. El positivismo que considera a los hechos como datos produce una subordinación a los hechos, y promueve una fe poco común en lo que Nietzsche llamaba el “dogma de la inmaculada percepción”. Los hechos no hablan, quizás la maldición de las ciencias del hombre sea ocuparse de un objeto que habla”. Bourdieu también remite palabras de Levy-Strauss al sostener que “una vez abandonada la teoría que los unía, los hechos vuelven a su estado de datos desde donde una teoría los había

sacado por un tiempo y desde donde otra teoría no podrá sacarlos más que confiriéndoles otro sentido” (2002: 54-58). También asegurará que “construir un objeto científico significa primero y ante todo romper con el sentido común. Poner en práctica una duda radical significa poner en tela de juicio todas las premisas inherentes al los hechos. La ciencia social siempre está expuesta a recibir del mundo social que estudia los problemas que ella se plantea a propósito de él. Una práctica científica que se ahorre el cuestionamiento radical queda atrapada por el objeto al que toma por objeto, revela algo de este objeto, pero algo que no está totalmente objetivado” (1995: 177-178).

Ego Ducrot retoma a Claudio Laks Eizirik, quien propuso un estudio del concepto de objetividad dentro del campo psicoanalítico. A partir de Sigmund Freud, destaca dos momentos evolutivos posteriores, y cuestiona su propuesta, procurando evidenciar que no toma en cuenta la complejidad y las varias e inevitables interacciones entre objetividad, subjetividad e intersubjetividad. También discute la controversia sobre el concepto de neutralidad analítica, tomando una posición a favor de su utilidad clínica, y sugiere que el estado mental del analista en el encuadre oscila entre momentos de mayor o menor objetividad y subjetividad, lo que le permite desempeñar su función recurriendo a cierta posible neutralidad. En ese sentido, el autor citado recuerda que "Freud construyó su teoría de la técnica y elaboró recomendaciones sobre la práctica analítica dentro del paradigma cultural y científico de su época, y así estableció una forma de practicar el psicoanálisis en la que se reconocía claramente el sujeto y el objeto de un procedimiento terapéutico que pretendía estar fundamentado en una ciencia natural (...). El analista es el sujeto que observa e interpreta al objeto, aquello que percibe, infiere o construye acerca de ese mismo objeto de la observación. Por lo tanto, el ideal a ser alcanzado sería el de la objetividad. Sin embargo, la práctica analítica fue incluyendo, a lo largo de su recorrido, la mente del analista y reconociendo su participación en el proceso analítico. En ese nuevo modelo, el analista no solamente observa e interpreta lo que percibe en el paciente, sino que incluye los datos provenientes de su observación respecto de sí mismo, de sus reacciones emocionales y de la posible conexión entre éstas y lo que existe en el mundo interno del paciente. Por lo tanto, el ideal a ser alcanzado sería la observación de la subjetividad del paciente y analista” (2009: 18).

¿Qué sucede con la historia? Se trata de una ciencia que “tiene dos intereses que cuentan con calidad y dirección diferentes: objetividad y subjetividad (...). Ya que la historia es considerada como ciencia, se espera que tenga cierto grado de objetividad. Es por ello que

al hablar de objetividad de la historia se pretende que los sucesos de la sociedad humana cuenten con ella. Como la historia es resultado del trabajo con el pasado por las sociedades tradicionales, un historiador tiene que seguir ciertas etapas para la construir su objetividad: observación histórica, crítica, análisis histórico” (López, Mondragón, Velazco, y Ochoa, 1989: 34-37). Walter Benjamín, uno de los principales críticos de la razón dominante en su época, sostuvo en su Séptima tesis de Filosofía de la historia: “El materialismo histórico revive el pasado sin apartarse del devenir posterior de la historia. Considera cometido suyo pasarle a la historia el cepillo a contrapelo” (1994: 182).

José Pablo Feinmann dijo en Filosofía y Nación. Ensayos sobre el pensamiento argentino afirmó “(...) que la verdad de la historia no está en los hechos (es decir: en aquello que comúnmente denominamos hechos históricos), es una afirmación, si bien no muy original, indudablemente necesaria (...) Hay tantas interpretaciones de nuestro pasado histórico como proyectos políticos en vigencia coexisten en nuestro presente”. Finalmente, el autor destaca el papel de la interpretación: “la tarea hermenéutica confiere un sentido a los hechos, los ubica como parte de una totalidad, conceptualizándolos (...) Nadie narra la historia por la historia misma. Es el presente lo que está en juego” (2004: 18-20).

Estos cuestionamientos al ideario positivista encuentran su apogeo en las décadas del 60 y 70. No disuelven la pretensión científicista de acceder a una verdad, sólo que, como parte de ese desafío, está la aceptación de que son las teorías, las interpretaciones, las que intervienen en la objetivación del objeto. Muy lejos de esto se encuentran los postulados posmodernos que tendrían relevancia años más tarde. Al respecto, Dávalos señala que "el postmodernismo se desarrolla girando en torno a los siguientes aspectos epistemológicos: se relativiza la capacidad del ser humano para poder conocer realmente la realidad; se cuestiona la existencia de la realidad como tal, capaz de ser descifrada, y se sustituye este planteamiento por una serie de verdades o realidades que existen fraccionadas dentro del variado mundo de las subjetividades individuales. En este sentido, la búsqueda de la verdad resulta, en las variantes postmodernas más radicales, como algo absurdo" (2005).

Para comprender las limitaciones de los postulados subjetivistas postmodernos, dice Ego Ducrot, puede ser de utilidad la siguiente cita de Immanuel Wallerstein (1997): “Si lo que entendemos por objetividad es la de los estudiosos perfectamente despegados que reproducen un mundo social exterior a ellos, entonces no creemos que tal fenómeno exista. Pero objetividad puede tener otro sentido (...). Los estudiosos intentan convencerse mutuamente de la validez de sus hallazgos e interpretaciones (...) en suma se presentan al

juicio intersubjetivo (...) lo que no aceptamos es que se reduzca a la ciencia a una miscelánea de visiones privadas, todas igualmente válidas (...) En resumen, el hecho de que el conocimiento sea una construcción social también significa que es socialmente posible tener un conocimiento más válido”.

LA IDEA DE PRAXIS EN EL MARXISMO

La tradición marxista asume que las ciencias sociales son tales, porque cumplen con el requisito de la objetividad. Sin embargo no comparte la tesis de los llamados objetivistas, es decir de quienes asumen la objetividad de la ciencia social, de la misma forma como se asume en las ciencias naturales. En la tesis 1 de Carlos Marx sobre Feuerbach se establece una crítica a aquellos materialistas que, creyendo ser científicos excluyen, en su interés de captar la realidad, a la actividad humana concreta, es decir, excluyen el elemento subjetivo (Marx y Engels, 2004: 587).

Sostiene el autor de el Capital que el “principal defecto de todo el materialismo anterior, incluyendo el de Feuerbach, reside en que capta el objeto, la realidad del mundo sensible, sólo bajo la forma de objeto o de intuición, pero no en cuanto a actividad humana concreta, en cuanto práctica, es decir de manera subjetiva”. Feuerbach quiere “objetos concretos, realmente distintos de los objetos del pensamiento, pero no concibe la actividad humana en sí como actividad objetiva”. Por ello, desde el materialismo se establece que “la única actividad verdaderamente humana es la teórica”. Esto explica, sostiene Marx, por qué “el aspecto activo fue desarrollado por el idealismo, en oposición al materialismo; pero solo de modo abstracto, puesto que el idealismo no conoce la actividad real y concreta como tal”.

El marxismo aparece como superación de las limitaciones de objetivistas y subjetivistas, entre materialistas e idealistas. Al respecto, Ego Ducrot afirma: “frente al modelo sensual-empirista –basado en la teoría del reflejo, en el cual la relación sujeto-objeto-conocimiento se da en un proceso en el que el sujeto es un agente pasivo-receptivo–, y también frente a su contraparte, el modelo extremadamente subjetivista –que en la tríada sujeto-objeto-conocimiento establece que el predominio es del sujeto–, el marxismo postula el principio de la interacción sujeto-objeto de manera dialéctica y permanente” (2009: 14-15). En realidad, interpreta el autor, el marxismo asume también la teoría del reflejo pero

otorgando al sujeto un papel activo, y caracterizando al conocimiento como el resultado de un proceso de interacción que se da sólo en la práctica social, en la praxis.

Esta concepción de la relación sujeto-objeto-conocimiento se complementa con la idea de que el hombre es en realidad el conjunto de sus relaciones sociales. Es decir, el hombre es un ser social, histórico, cultural, que vive inmerso en la sociedad, sólo así es posible concebir el papel de la práctica social como componente esencial entre el sujeto y el objeto. Dice Marx que “el problema de si puede atribuirse al pensamiento humano una verdad objetiva no es un problema teórico, sino práctico. Es en la práctica donde el hombre debe demostrar la verdad” (Marx y Engels, 2004: 588).

Sujeto y objeto se relacionan en Marx de modo dinámico. En medio de esa relación es posible encontrar el sentido de una de sus enunciados epistemológicos más radicales. Afirma Eduardo Gruner en la famosísima tesis XI: “Hasta ahora los filósofos se han limitado a interpretar el mundo, de lo que se trata es de transformarlo”, y el concepto de praxis que en ella anida, no implica, como suele decirse, la unidad de la teoría y la práctica. Ello supondría la unidad en determinado momento –para determinados fines- de dos instancias que originalmente aparecerían como autónomas. Por el contrario, “siempre hay praxis, porque la acción es condición del conocimiento y viceversa; porque ambos polos están constitutivamente imbricados en un mismo movimiento. Ese es el movimiento de la realidad” (2006: 108-110).

Las clases dominantes operan ocultando la esencia de la praxis para reproducir las condiciones que permitan continuar con la separación de trabajo intelectual y trabajo manual, y con ella, dejar la interpretación en manos del Amo. La separación de teoría y práctica es, según Gruner, filosóficamente “la separación radical entre objeto y sujeto. Y ello condensa la tradición filosófica occidental dominante (...): Hegel, y toda la tradición idealista, aunque también el materialismo vulgar, el empirismo y el positivismo”. Quizás Hegel, considera el autor, haya sobresalido del resto de los idealistas pero su aporte definitivamente se enriqueció cuando Marx lo fusionó con la realidad material.

En estas condiciones –dice Ego Ducrot– y como riguroso requisito científico en las ciencias sociales, “la objetividad aparece en términos de un proceso subjetivo-objetivo, en el cual el sujeto cognoscente es el agente que orienta la actividad de aprehensión del conocimiento hacia los objetivos que le marca su propia subjetividad, la cual cumple un papel mediador en la articulación sujeto-objeto- conocimiento. Entonces el conocimiento -en nuestro caso

el conocimiento volcado en y al proceso periodístico- equivale a una actividad, nunca a una actitud pasiva” (2009: 14-15).

Alberto Parisi asume que el marxismo resuelve dialécticamente la pregunta por la primacía en la praxis del conocimiento. Lo concreto aparece como síntesis de múltiples determinaciones, o sea “como resultado, no como punto de partida”. Sin embargo, Marx dice que “el verdadero punto de partida es lo concreto”. Debemos distinguir, entonces, una “génesis de lo concreto mismo”, exterior al pensamiento, y una “génesis especulativa de lo concreto”, que es la manera de proceder del pensamiento para apropiarse de lo concreto, para reproducirlo mentalmente como cosa concreta (1979: 13-23).

Lo objetivo, lo concreto, en el proceso del conocimiento no se reduce entonces a lo exterior al sujeto, sino a su propia esencia interior en una relación que se da en la praxis social como una totalidad, de tal forma que “lo objetivo es aquello que es válido para todos y no para un solo individuo, por lo cual el conocimiento social tiene una validez universal”. Con esa perspectiva del conocimiento científico de la realidad social, Marx introdujo en su análisis la categoría de totalidad. La categoría de totalidad es una herramienta teórica para la reconstrucción de una realidad social concreta. “Su punto de partida es la respuesta materialista y dialéctica de lo que es la realidad y por ello debe considerarse a partir de la unidad indisoluble entre lo ontológico y lo óptico, es decir, entre la postura que asume la preeminencia de la existencia sobre la conciencia, pero a la vez considerando lo existente como expresión de esa preeminencia” (Ego Ducrot, 2009: 14-15).

Parisi advierte, en este sentido, la existencia de dos momentos diferenciados en la categoría de totalidad: lo concreto indeterminado o abstracto (totalidad concreto-abstracta) y lo concreto determinado (totalidad concreta). “La totalidad concreta abstracta no es una abstracción conceptual idealista, sino la ambigüedad que subyace en la cotidiana existencia histórico-social. Allí los individuos y grupos se autocomprenden oscuramente, se relacionan entre si y con el universo. Pero la experiencia histórico-social como totalidad es vivida, inmediatamente, y será a partir de la experiencia de la crítica (tanto teórica como práctica) que la ambigüedad de lo concreto abstracto pasará a ser contradicción socialmente conocida. Previamente a la crítica, las contradicciones de la existencia social – si bien son objetivas- son percibidas como parte de procesos naturales” (1979: 22-23).

Para sintetizar: desde la perspectiva del materialismo histórico es posible poner al descubierto la falacia idealista de la negación de la unidad dialéctica entre objeto y sujeto, y con ella se derrumba toda pretensión de primacía objetivista o subjetivista en el proceso

de conocimiento. La praxis social emerge así como una totalidad que contiene a su interior la interacción dialéctica y permanente de la existencia material y la conciencia subjetiva.

Nuevamente recurrimos a Gramsci para clarificar: “¿qué es la filosofía? ¿Una actividad puramente receptiva, o a lo más ordenadora, o bien una actividad absolutamente creadora? (...) Receptivo implica la certeza de un mundo externo absolutamente inmutable, que existe en general, objetivamente en el sentido vulgar del término. Ordenador se acerca a receptivo: aunque implica una actividad del pensamiento, esta actividad es limitada y estrecha. Pero ¿qué quiere decir creador? ¿Significará que el mundo externo es creación del pensamiento? Pero ¿del pensamiento de quién? Se puede caer en el solipsismo, y de hecho toda forma de idealismo cae en el solipsismo, necesariamente. Para evitar el solipsismo y, al mismo tiempo, las concepciones mecanicistas implícitas en la concepción del pensamiento como actividad receptiva y ordenadora, hay que plantear la cuestión historicísticamente, y, del mismo modo, poner en la base de la filosofía la voluntad (...) pero una voluntad racional, no arbitraria, que se realice en cuanto corresponde a necesidades objetivas históricas (...) Hasta la filosofía clásica alemana, la filosofía se ha concebido como conocimiento de un mecanismo que funciona objetivamente, fuera del hombre. La filosofía clásica alemana introdujo el concepto de creatividad del pensamiento, pero en un sentido especulativo e idealista (...) Creador tiene, pues, que entenderse en el sentido relativo del pensamiento que modifica el modo de sentir del mayor número y, por tanto, la realidad misma, la cual no puede pensarse sin ese mayor número. Creador también en el sentido de que enseña que no existe una realidad por sí, en sí y para sí, sino en relación histórica con los hombres que la modifican” (2004: 435-436).

A MODO DE CIERRE: TOTALIDAD DIALÉCTICA EN EL PERIODISMO

Retomemos aquella frase de Masetti que motivó la reflexión fundante del modelo de intencionalidad Editorial. En el verano de 1960, La Habana, Cuba, fue sede del Primer Congreso Latinoamericano de Juventudes. *Prensa Latina* organizó un ágape en ese contexto. Masetti, entonces director general de la Agencia, respondió públicamente a una serie de críticas que acusaban de agitadora a la agencia nacida al calor de la revolución cubana. Recalcó que obviamente eran agitadores, “desde la óptica de los enemigos de la revolución, porque no ocultaban la represión policial a los obreros bananeros de Costa

Rica, ni los atropellos de la *United Fruit* a los pueblos que explotaban, ni las concesiones petrolíferas al imperialismo”. Acto seguido, Masetti repitió las palabras que para *Prensa Latina* eran más que una consigna: “Somos objetivos, pero no imparciales, porque consideramos que es una cobardía ser imparcial, pues no se puede ser imparcial entre el bien y el mal” (*Prensa Latina*, 2009: 60).

La definición de Masetti orienta la práctica de la agencia hasta hoy e impulsó reflexiones teóricas que, a su vez, motivarán nuevas prácticas. El modelo de Intencionalidad Editorial nació como un intento de pensar teóricamente aquella dialéctica que emergió entre la definición de un periodista, las condiciones históricas en que se pronunció y sus implicancias en el hacer. Pero la profunda complejidad de aquellas palabras trasciende la experiencia concreta e históricamente determinada de un medio de comunicación para invitarnos a pensarlas desde la esencia misma de la praxis informativa.

Recordemos que el proceso periodístico, concepto fundante del modelo de Intencionalidad Editorial, es una totalidad dialéctica cuyas partes son el campo simbólico y el campo de la materialidad, ambos atravesados por un propio “hacer”. La contradicción objetividad-subjetividad aparece como resultado de la interacción entre los elementos constitutivos de la totalidad. Es así, afirma Parisi, que las relaciones que se establecen entre las partes de un todo dialéctico no son directas e inmediatas; existe un elemento común que posibilita que todo tipo de relaciones entre ellas estén fundamentadas sobre la complementariedad que une a las partes. Un todo dialéctico no es la suma de sus elementos, no se da después de éstos, sino antes; “no se le puede considerar como el resultado de su adición, sino que hay que concebirlo más bien como una especie de preexistencia del todo que le permite mediatizar sus partes”. (1979: 25). Se trata, pues, de analizar las partes del proceso periodístico en función del todo y al todo en su estructuración particularizada.

El estudio de las relaciones entre las partes es el estudio de las contradicciones. Se trata de situar la diferencia en la totalidad. En base a esto, podemos citar –para luego analizar– la afirmación de Ego Ducrot en uno de los fundamentos más relevantes del modelo de Intencionalidad Editorial: “la dicotomía objetividad-subjetividad (a) no sólo es insuficiente sino que es errónea. La naturaleza del proceso periodístico surge de la relación dialéctica que existe entre (a) y la dicotomía entre parcialidad e imparcialidad (b)” (2009: 24).

Para seguir avanzando conviene ubicar los binomios a y b como contradicciones inscriptas en el propio hacer que se sitúan al interior de una totalidad en la que coexisten los elementos simbólicos y materiales del proceso periodístico. Hablamos de contradicción y

no de antinomia –siguiendo a Jameson (1999: 78)– porque la primera, a diferencia de la segunda, supone la posibilidad de una solución o una resolución dialéctica. La contradicción suele ser productiva, aparece, junto a la dialéctica, como componente de la categoría de totalidad y por ello está ligada a las parcialidades y las relaciones de fuerzas de acuerdo al estado de las cosas. Las antinomias son, más bien, formas cerradas del pensamiento.

La resolución de una contradicción consiste en desestructurar y retotalizar las partes del todo, a través de una mediación dialéctica y apelando a la capacidad negativa emergente de una crítica al todo vigente.

Masetti nos plantea que la objetividad y la imparcialidad son términos diferenciados (“somos objetivos, pero no imparciales”). El modelo de Intencionalidad Editorial parte, entonces, del siguiente reconocimiento: la objetividad, entendida como neutralidad, es en el periodismo, como en las ciencias sociales, una falacia que encubre –mitifica– el mecanismo de construcción de consensos. Si aceptamos, además, que la subjetividad no se ajusta al relato periodístico, estamos ante una imposibilidad de resolución/superación de la contradicción. Pero si extraemos de la totalidad implícita en el hacer del proceso periodístico la contradicción objetividad-subjetividad, y descomponemos cada término en una nueva acepción que permite desambiguar –diferenciar– su contenido semántico, la objetividad, en tanto remisión a fuentes, será un atributo diferenciado de la imparcialidad (neutralidad), y la subjetividad cobrará un sentido específico, distinto de la parcialidad. Este ejercicio nos lleva, entonces, a visualizar un segundo aspecto contradictorio:

Objetividad – Subjetividad (Contradicción a)

Imparcialidad – Parcialidad (Contradicción b)

De este modo, la nueva contradicción “a” nos lleva a reconocer el elemento distintivo del “hacer” periodístico respecto de otros relatos: no tiene otra alternativa que ser objetivo, en el sentido de referencia, es decir basado en hechos susceptibles de ser confirmados y constatados a través de fuentes directas o indirectas, testimoniales o documentales. El “periodismo subjetivo” simplemente no es periodismo, pertenece al campo de la propaganda en sentido amplio. Fernando López –entre otros autores relacionados al modelo de Intencionalidad Editorial– incluye al periodismo como parte del género de la propaganda. Sobre esto nos ocuparemos más adelante.

La contradicción “b” nos conduce a asumir el carácter parcial del periodismo, como toda actividad humana desde el punto de vista cultural antropológico, y entendida esa parcialidad no como aceptación de una parte en detrimento del todo sino como asunción de una posición propia del periodista y-o del medio ante el complejo y multifacético entramado de hechos sobre los que trabaja la práctica periodística. La imparcialidad queda, entonces, más asociada a la idea de neutralidad propia de la tradición ortodoxa.

En consecuencia, la relación dialéctica entre ambas contradicciones nos permite arribar al siguiente enunciado retotalizador que fundamenta la frase de Masetti: el periodismo es necesariamente objetivo y es necesariamente parcial. Es decir que no es sólo objetivo, es objetivo y parcial en un mismo movimiento que implica asumir una posición determinada sobre los hechos de la realidad confirmados según fuentes. Cuando la parcialidad se construye por fuera de los hechos y sus fuentes ya no estamos ante la construcción de una parcialidad determinada, sino frente a una vulgar tergiversación y falsedad informativa, punto que no forma parte del objeto específico de este trabajo.

Dijimos al pensar en este problema en las ciencias sociales que “son las teorías las que intervienen en la objetivación del objeto”; en el caso del periodismo, es la parcialidad (la toma de posición) la que interviene, a partir de la selección de agenda y de fuentes, en la objetivación del complejo entramado de hechos que configuran el objeto de la actividad periodística.

BIBLIOGRAFÍA

- BACHELARD, GASTÓN: *La formación del espíritu científico*, Buenos Aires, Siglo XXI, 1972.
- BENJAMÍN, WALTER: (1973) *Discursos Interrumpidos*, Buenos Aires, Planeta Agostini, 1994.
- BOURDIEU, PIERRE; CHAMBOREDON, JEAN-CLAUDE Y PASSERON, JEAN-CLAUDE: (1975) *El oficio de sociólogo. Presupuestos epistemológicos*, México, Siglo XXI, 2002.
- BOURDIEU, PIERRE: “Una duda radical”, en BOURDIEU, PIERRE y WACQUANT, LOÏC: *Respuestas. Por una antropología reflexiva*, México, Grijalbo, 1995.
- COMTE, AUGUSTO: (1844) *Discurso sobre el espíritu positivo*, Buenos Aires, Aguilar, 1982.
- DÁVALOS, ELISA: *El proyecto moderno del saber científico y la postmodernidad*, México, Centro de Investigaciones Científicas sobre América del Norte, UNAM, 2005.
- EGO DUCROT, VÍCTOR: “Objetividad y Subjetividad como mito del periodismo hegemónico”, en EGO DUCROT, VÍCTOR (comp.): *Sigilo y nocturnidad de las prácticas periodísticas hegemónicas. Una introducción al modelo teórico y metodológico Intencionalidad Editorial*, Buenos Aires, Centro Cultural de la Cooperación, 2009.
- FEINMANN, JOSÉ PABLO: *Filosofía y Nación. Estudios sobre el pensamiento argentino*, Buenos Aires, Seix Barral, 2004.
- GRAMSCI, ANTONIO: *Antología*, Buenos Aires, Siglo XXI, 2004. Selección y traducción de Manuel Sacristán.
- GRUNER, EDUARDO: “Lecturas culpables. Marx(ismos) y la praxis del conocimiento”, en BORÓN, ATILIO; AMADEO, JAVIER y GONZÁLEZ, SABRINA: *La teoría marxista hoy. Problemas y perspectivas*, Buenos Aires, CLACSO, 2006.
- HORVATH, RICARDO: *Revolución y periodismo*, Buenos Aires, Centro Cultural de la Cooperación, Buenos Aires, 2003.
- JAMESON, FREDRIC: *El giro cultural*, Buenos Aires, Manantial, 1999.
- KUHN, THOMAS: *La estructura de las revoluciones científicas*, México, Fondo de Cultura Económica, 1971.
- LÓPEZ, RAMOS SERGIO; MONDRAGÓN, CARLOS; VELAZCO, JOSÉ Y OCHOA, FRANCISCO: *Psicología, historia y crítica*, México, ENEP-IZTACALA, UNAM, 1989.

MARX, KARL Y ENGELS, FRIEDRICH: *La ideología alemana*, Buenos Aires, Nuestra América, 2004.

MICELI, WALTER; ALBERTINI, EMILIANO Y GIUSTI, EUGENIA: "Noticia = negociación política", *Oficios terrestres*, N. 6, La Plata, Facultad de Periodismo y Comunicación Social, UNLP, 1999.

PARISI, ALBERTO: *Filosofía y dialéctica*, México, Edicol, 1979.

PRENSA LATINA: *Los años precursores. Memorias de Prensa Latina (1959-1962)*, La Habana, Prensa Latina, 2009.

ROTKER, SUSANA: *La invención de la crónica*, México, Fondo de Cultura Económica, 2005.

VERA, HÉCTOR: *Periodismo e ingeniería social. Teoría fenomenológica aplicada a las noticias*, Santiago de Chile, Universidad de Santiago, 2008.

VINELLI, NATALIA Y RODRÍGUEZ ESPERÓN, CARLOS: *Contrainformación. Medios alternativos para la acción política*, Buenos Aires, Continente, 2004.

WALLERSTEIN, IMMANUEL: *Para abrir las ciencias sociales*, México, Siglo XXI, 1997.